

PRESENTACIÓN

EL POPULISMO COMO PROBLEMA HISTÓRICO: ALGUNAS REFLEXIONES

1. ¿QUÉ ESTÁ PASANDO?

En el año 2017 se produjo una de las discusiones más interesantes en torno al asunto de la emergencia del populismo en las sociedades occidentales y, particularmente, en España. El detonante fue la aparición del libro de José María Lassalle (2017) titulado *Contra el populismo. Cartografía de un totalitarismo posmoderno*, el cual fue respondido —no sin elogios— por el entonces aún militante de *Podemos* Íñigo Errejón¹. El debate ya mostraba interés desde el mismo momento en que eran dos políticos los que lo sostenían: uno por haber sido secretario de Estado; el segundo por ser diputado. Acostumbrados a contemplar en los políticos más sagacidad a la hora de defender sus intereses que mostrando una sólida solvencia intelectual, aquel diálogo representó una saludable brisa de aire fresco donde el contraste de pareceres inspirado en la tolerancia y la exposición de argumentos había desterrado las formas vulgares, el ruido crispante, las simplezas inducidas y los tristemente denominados *cinturones sanitarios* de exclusión.

En su libro, Lassalle acertó plenamente en la descripción de los caracteres del populismo político y las dinámicas que pone en marcha para lograr su objetivo que, en última instancia, es la conquista del poder. Un camino ascendente para el cual se sirve de una reinterpretación del concepto *pueblo*, capitalizándolo e instrumentalizándolo a su favor frente a unas castas tan elitistas como egoístas que han copado los poderes políticos y económicos a su conveniencia. El diagnóstico populista es simple pero muy potente por ser fácilmente intuitivo: una mayoría sumisa está sometida a los dictados de una minoría dominante que no hace otra cosa que apro-

¹ La respuesta en Errejón, 8 septiembre 2017. «Artillería intelectual contra el populismo». *El País*. Recuperado el 29 de enero de 2021, de https://elpais.com/cultura/2017/09/06/babelia/1504715398_751870.html

piarse de unos recursos que pertenecen a todos. Ese *todos* es una indeterminada *mayoría social* —otra expresión hábilmente acuñada— que se siente huérfana y desasistida hasta que un grupo o partido es capaz de despertarla, organizarla y dirigirla, si es capaz de encontrar la adecuada ventana de oportunidad. Naturalmente, ese grupo es en realidad otra minoría que intenta apoyarse en el *todos* para lograr sus metas propias, pero lo oculta cautelosamente porque la supremacía hegemónica que se persigue se basa en un relato que supuestamente emerge del pueblo, de la colectividad. El partido y el líder populista son, en ese esquema formal, los portavoces del pueblo, la voz de la gente, una especie de transmisores de la inquietud general y fieles intérpretes de la misma. Y se añade algo más: son los únicos y genuinos representantes de la gente ante las élites. Poco importa que los resultados electorales demuestren que el pluralismo existe. El líder populista se olvida de todo ello reivindicando para sí una mayoría social que, en el fondo, aspira a dar la sensación de mayoría total. Quien no se sienta identificado dentro de esa mayoría es, obviamente, porque es élite, es casta o, sencillamente, es un individuo ajeno al pueblo. La siguiente vuelta de tuerca es convertirlo en su enemigo.

No hace falta reflexionar mucho para percatarnos de que el populismo así concebido encarna una auténtica amenaza para las democracias contemporáneas, al menos tal y como han sido concebidas hasta ahora (Zyblatt-Levitsky, 2018). Los peligros que corren las democracias actuales ya no parecen originarse hoy a la sombra de golpes de Estado, sublevaciones, revoluciones o conspiraciones, lo cual no quiere decir que no se puedan producir eventualmente como, por ejemplo, el reciente pronunciamiento militar en Myanmar (febrero de 2021). El principal riesgo que padecen las democracias es interno y se centra en la infiltración del populismo en las propias arterias del sistema para transformarlo tan profundamente que termine siendo irreconocible. Se aprovecha de las posibilidades que abren los procesos electorales para conquistar el poder y, una vez en él, intentan que su gobierno hegemónico se prolongue indefinidamente gracias a la satisfacción de dos objetivos que conforman su agenda oculta: terminar con la separación de poderes y mantener un control estrecho de los medios de comunicación. ¿Qué otra democracia puede haber si no es la expresión del pueblo simbolizado por la fuerza populista hegemónica?

Es sabido que este tipo de prácticas gozaban de cierto desarrollo y arraigo en el área iberoamericana, en países con estructuras sociales y económicas notoriamente desequilibradas, bajos niveles de formación y culturas políticas más tendentes al caudillismo providencial que al desarrollo de una ciudadanía activa. Lo llamativo e inédito ahora es que en los últimos años el giro populista ha alcanzado a sistemas democráticos que se consideraban sólidos y que incluso servían como referencias dentro del mundo occidental. El triunfo del presidente Donald Trump en los Estados Unidos durante un mandato, el ascenso —que parece imparable— del antiguo *Frente Nacional* francés (hoy rebautizado como *Rassemblement National*),

la presencia en un gobierno de coalición de *Podemos* en España o, en menor medida, los meteoros populistas en Italia o Grecia, son buenos y heterogéneos ejemplos de las transformaciones que se están registrando en los escenarios políticos de países democráticos.

Aparentemente nada de esto podía imaginarse en países —sobre todo los europeos— con culturas políticas desarrolladas, escolarización obligatoria hasta casi la salida de la adolescencia, altos índices de matriculación universitaria, prensa libre, estructuras económicas razonablemente solventes y estados del bienestar satisfactorios al menos hasta cierto punto. Obviamente el populismo enmascara sus pretensiones para alcanzar sus objetivos. Nadie afirma abiertamente que quiera terminar con la división de poderes en Europa, como tampoco nadie se atreve a reconocer de forma explícita que quiera derogar la democracia como sistema para instalar una dictadura. Pero con la sublimación del sacrosanto concepto de *pueblo*, el populismo ha avanzado incuestionablemente poniendo en riesgo libertades básicas. ¿Cómo puede explicarse esto? ¿Qué es lo que ha cambiado en estos países para que se haya trastocado el espectro político de ese modo?

Es probable que las sociedades occidentales hayan sufrido un exceso de confianza hasta los primeros años del siglo XXI. Tras la caída del Muro de Berlín se generó un nuevo panorama donde creció con firmeza la creencia en la democracia como sistema político único y en la economía de mercado como sistema económico ineludible. Un epítome de ese espíritu fue el célebre libro de Francis Fukuyama (1992) titulado *El fin de la historia y el último hombre*. La polémica que suscitó aquel libro fue intensa en círculos políticos e intelectuales, aunque lo cierto es que la mayor parte de los ciudadanos se mantuvo al margen. Ellos estaban ya bastante ocupados en asistir a un espectáculo de crecimiento económico e intensificación de la integración europea, mientras el bipartidismo seguía gozando de buena salud y seguían sosteniéndose los umbrales básicos de los estados del bienestar. Ciertamente hubo problemas como la crisis de 1993 que afectó a Europa y, con especial fuerza, a España. Pero transcurrido un tiempo los índices volvieron a ser positivos. Para comienzos del siglo XXI pocos dudaban de la ausencia de alternativas reales al capitalismo y menos aún se atrevían a desacreditar los regímenes democráticos que tantos beneficios habían reportado. Todo seguía siendo sólido y previsible.

Sin embargo, la crisis financiera global de 2008 abrió las cuadernas de unas naves que parecían insubmersibles. Las dificultades económicas asolaron a países y gobiernos. Las certidumbres se fueron evaporando como, con acierto, señaló en un brillante ensayo Muñoz Molina (2013). En España —por poner un ejemplo— se había creído que las generaciones jóvenes eran las mejor preparadas de nuestra historia, que el sistema sanitario estaba entre los mejores del mundo, o que nuestro crecimiento inmobiliario era tan beneficioso como indefinido. Todo ello en boca de un presidente al que una mayoría creyó ciegamente. El fomento de todos aquellos

mitos arraigó con fuerza durante la última década del siglo xx y la primera de la centuria siguiente. La quiebra del sueño económico despertó conciencias amodorradas, reorientó el voto e iba a tener un efecto diferido tan solo unos años después: el despertar de movilizaciones sociales impulsadas y, posteriormente, capitalizadas por el populismo. La crisis de 2008 fue la causa principal del movimiento ciudadano del 15-M (15 de mayo de 2011). El descrédito económico iba a generar un serio intento de descrédito del sistema político.

En su *Cartografía*, Lassalle (2017, pp. 33-46) cree encontrar el origen de toda esta situación en el *romanticismo neocon* que, en la coyuntura provocada por el 11-S, abriría las puertas a una firme respuesta conservadora que a la postre allanaría el camino del populismo. Es una explicación plausible, pero probablemente haya jugado también un papel propio la evolución ideológica de los partidos tradicionales (conservadores y socialdemócratas) desde mucho antes. El proceso ha sido tan intenso que no solo ambos han convergido en términos reales, sino que han soltado sus ideas más potentes cual lastre incómodo para abrazar otras derivadas de los nuevos movimientos sociales y de causas muy específicas. El combate contra la desigualdad económica, por ejemplo, siempre fue una bandera de las izquierdas. En el caso de las derechas, era tradicional la defensa de una serie de valores a modo de baluartes innegociables. Casi nada queda hoy de aquello. Si la desideologización de los partidos puede comenzar a rastrearse desde los años sesenta en Europa occidental, la desaparición del socialismo real en la antigua Unión Soviética y sus satélites aceleró notablemente el proceso. Las costosas políticas públicas de otrora que sustentaban los estados del bienestar fueron dejando paso a políticas orientadas hacia grupos específicos, capaces de captar votos, pero a un coste económico mucho menor. Los movimientos sociales clásicos (léase el movimiento obrero) pasaron a mejor vida tras el desarrollo de los estados del bienestar, la desindustrialización y la posmodernidad. Las clases sociales dejaron de ser referentes por más que la desigualdad permaneciera. Ya había pasado el momento del combate radical contra el capitalismo: los nuevos movimientos sociales criticarían aspectos concretos de este, pero no se identificaban ya con ideologías como el marxismo. Las temáticas relevantes pasaron a ser —con todas las variantes dentro de cada uno de ellos— el feminismo, la cultura de grupo, la raza, etc. En otras palabras: el nuevo eje de referencia sería la identidad. ¿Para qué preocuparse de acometer políticas costosas tendentes a una mayor igualdad material cuando la gestión de las emociones y las identidades podía proporcionar sustanciosos réditos electorales? Ya no era preciso seducir a las menguadas y viejas clases trabajadoras; ahora se podía pescar votos en caladeros muy variados: desde la juventud a los movimientos identitarios de reivindicación, sin olvidar a los pensionistas ni a los sectores acomodados tan llenos de recetas para los demás como alejados de los problemas reales del común.

En esas redes cayeron los partidos clásicos, tanto los conservador-liberales como los socialdemócratas. Y de ahí la paulatina reorientación de sus políticas

públicas que ya no podían seguir desarrollando el bienestar debido a su elevado coste. La acción gubernamental se orientó al reconocimiento de derechos individuales a coste cero con pleno éxito, mientras fracasaba en iniciativas estructurales de bienestar. En España, un buen ejemplo fue el contraste entre el éxito mediático y social de una medida como el reconocimiento del matrimonio homosexual y el triste balance de la ley de dependencia, que ni los más optimistas pueden reconocer que haya resuelto mínimamente el problema del cuidado de los mayores. La justicia y conveniencia de una medida necesaria como es la del matrimonio entre personas del mismo sexo (como en el futuro serán necesarios los reconocimientos de otras formas de agrupación familiar) ni significa que sea una política pública estructural de bienestar, ni puede ser por sí misma la justificación de toda una legislatura. Sin embargo, así se consideró en su momento, cuando la crisis de 2008 aún no había hecho su aparición.

Los problemas generales —desempleo, dependencia, seguridad, sanidad, educación— recibieron una menor atención o unas medidas paliativas muy provisionales, mientras se dio preferencia a las políticas de identidad. Los problemas públicos que ocuparon las agendas durante la segunda mitad del siglo xx pasaron a ser considerados problemas crónicos, mientras crecían políticas orientadas al fomento y defensa de grupos específicos susceptibles de ser representados de forma abstracta (mujer, migrantes, minorías). Unas políticas que, hasta la fecha, no suelen trascender el límite del establecimiento de una serie de organismos públicos (Instituto de la Mujer, Ministerio de Igualdad) sin llegar a implementar políticas sólidas de conciliación de la vida laboral y familiar o garantizar una red pública de guarderías entre los 0 y los 3 años. Algo lógico si tenemos en cuenta que la estructura de incentivos fomenta que los problemas estén siempre presentes para que las redes organizativas —creadas *ad hoc*— se consideren necesarias y subsistan indefinidamente. Por no extendernos más en la cuestión de las identidades, remitimos al lector al libro de Douglas Murray (2020) sobre el tema, especialmente enfocado a sus efectos en los Estados Unidos y el Reino Unido.

El abrazo de esas políticas centradas en la identidad y en causas específicas ha generado diversos efectos en los últimos quince años. No es este el lugar para extendernos en todos y cada uno de ellos, pero por lo que respecta al incremento del populismo sí podemos destacar al menos tres consecuencias que creemos relevantes:

1.º) Las políticas de identidad alimentan la polarización social y son aprovechadas desde la política. Sabemos que el fomento de las identidades presenta una fuerte tendencia a la inclusión de todos los que comparten unos determinados rasgos o valores, pero también genera exclusiones: la formulación de críticas o matices a un movimiento —por leves que sean— despierta rechazo, exclusión y el levantamiento de trincheras. Eso ocurre porque la identidad se considera autojustificada y absoluta; ni es una corriente ideológica cuyos fundamentos se presten al debate, ni cabe

dudar de sus principios. En la identidad se cree o no se cree, hay adhesión o no. La respuesta es tan binaria que los tibios o los incómodos terminan cayendo del lado de los «enemigos» del movimiento. No hay medias tintas: nosotros (que nos consideramos mayoría) y ellos (la lacra minoritaria). La identidad exige homogeneidad, militancia, compromiso y sentimiento, no la reflexión crítica o la relativización racional. De ahí su enorme poder integrador, pero, también, su debilidad derivada de la excesiva rigidez: las divisiones internas son algo habitual en los nuevos movimientos sociales y el reguero de heterodoxos que deja atrás no es asunto menor.

Probablemente el ímpetu de estos movimientos habría sido más modesto si no hubieran encontrado eco en los partidos mayoritarios y con capacidad de gobierno. Cuando las políticas económicas o las del bienestar han dejado de ser referentes, la forma de diferenciarse del competidor político ha sido mediante el abrazo a causas e identidades capaces de abrir brechas y frentes en el intento por reorganizar las preferencias del electorado en términos binarios. De ese modo la polarización social se ha alimentado gracias a esas políticas públicas identitarias de bajo coste que son capaces de imprimir un nivel adecuado —y provechoso— de polarización política.

2.º) Decimos que suelen ser políticas de bajo coste porque, aparte los empleados utilizados para los organismos creados (institutos, observatorios, direcciones generales, etc.) o las subvenciones otorgadas a asociaciones privadas, se desenvuelven en gran medida dentro de planos simbólicos. Se recurre a conceptos y expresiones con gran fuerza evocativa o emotiva, se organizan campañas de concienciación en las que un sentido único prevalece sobre cualquier matiz que introduzca la más mínima pluralidad y se articula un relato, una narrativa, homogénea y compacta capaz de configurar la percepción que tenemos sobre la realidad. Hace tiempo que se descubrió que la realidad poco importa, al igual que la verdad ha perdido muchos enteros; lo relevante ahora, lo crucial, es influir en la percepción de esa realidad. Y para ello es fundamental controlar y modular el relato, un relato convenientemente binario. La construcción de esa narrativa impregnada de blancos y negros, de polarización, es muy económica si lo comparamos con los potenciales beneficios electorales que puede reportar. Capitalizar una bandera —y que sea percibido así— es allanar el camino del poder a través de las urnas y facilita la posesión del poder mientras la tensión subsista. Por tanto, la tensión tendrá que ser siempre alimentada. Cuando no existe el fascismo o el comunismo de los años treinta hay que inventarlos.

3.º) La imposición del relato sobre la realidad requiere unas condiciones adecuadas que pasan por la superposición de lo subjetivo sobre lo objetivo, de lo emotivo sobre lo racional, de lo adjetivo sobre lo sustantivo y de la relativización de cualquier dato en un mar de opiniones. Todo ello equivale a hacer líquido el conocimiento. Es obvio que la forja de un relato no afecta directamente a las bases socio-económicas de la mayor parte de la ciudadanía que se ocupa diariamente de

sus asuntos y de sus familias. Mientras la vida se desarrolle dentro de un contexto de bonanza económica, a la mayor parte de la población solo le influirá esa narrativa de forma indirecta. Podrá decantar su voto en favor de la fuerza política que mejor sepa articular el relato y la percepción de la realidad, pero no llegará a articular una amenaza al sistema político vigente. El problema surge cuando se mantiene esa misma estrategia en medio de una crisis económica y son otras fuerzas las que se muestran decididas a jugar ese juego de una forma mucho más radical.

El sostenimiento de una narrativa polarizadora sin abordar los problemas reales en medio de una aguda crisis económica tiene como resultante el crecimiento de legiones de indignados. Una indignación que beneficiará eventualmente al principal partido de la oposición, pero al que también se le exigirá una rápida y sólida salida de la crisis. En esa coyuntura pueden surgir nuevas fuerzas que sintonicen con los agraviados a través de un certero diagnóstico de los problemas y de las incapacidades de los partidos tradicionales. Por supuesto, nunca ofrecerán un programa coherente y realista para paliar los problemas sociales y económicos. Su propósito será otro: desacreditar todo el sistema político para refundarlo y adaptarlo a sus intereses de grupo. Para el populismo, la política vigente es el origen y causa de todos los problemas y, en consecuencia, de la destrucción de esa política —la casta privilegiada de los partidos tradicionales— surgirán las soluciones. Su narrativa se inspirará en una identidad mayoritaria (*pueblo*) que es víctima de la depredación de minorías acaparadoras de instituciones, grupos de interés y resortes económicos. Es un relato atractivo para una población acostumbrada a que le interpreten la realidad y que se encuentra asolada por el desempleo y la carencia de mecanismos públicos suficientes para amortiguar el duro revés económico. La situación económica abre la puerta de la oportunidad a los populistas, pero ellos saben que su verdadera arma para alcanzar el poder y mantenerse en él será la hegemonía.

Volviendo al debate de 2017 entre Lassalle y Errejón con el que se iniciaban estos párrafos, vale la pena retomar unas palabras del segundo. De manera sintética y certera dejó bien claro cuál era el propósito de la nueva política populista: «la refundación democrática de nuestras comunidades políticas para paliar la incertidumbre, la precariedad, la desprotección y el sentido de injusticia e impunidad de los poderosos que se abaten sobre nosotros»². Lo que no precisaba es si la «refundación democrática» iba a dejar algún resto de las de las democracias tal y como las hemos entendido hasta ahora.

² Errejón, 8 septiembre 2017. «Artillería intelectual contra el populismo». *El País*. Recuperado el 29 de enero de 2021, de https://elpais.com/cultura/2017/09/06/babelia/1504715398_751870.html

2. ECOS POPULISTAS DEL PASADO

Hemos visto que el populismo hoy emergente tiene unas causas y características determinadas. Podría parecer que el populismo es un fenómeno nuevo o, si acaso, ha sido exportado a partir de experiencias previas registradas en países latinoamericanos. En realidad, se sabe que ninguna de las dos suposiciones es cierta: el populismo no ha nacido en el siglo XXI y tiene unas profundas raíces europeas.

Aunque el populismo no ha sido uno de los principales focos de interés en la historiografía, no han faltado algunos trabajos que confirman la presencia de rasgos populistas en el pasado europeo. Solo para el caso de España cabe citar los trabajos de Jacques Maurice (1977), Carlos Serrano (2000) y José Álvarez Junco (1987 y 2012). No se puede considerar, por consiguiente, que el populismo sea un fenómeno latinoamericano³. Pero quizás no se haya seguido con mayor atención esta línea de investigación debido a la dificultad para establecer una taxonomía del populismo como ya puso de manifiesto Sagrario Torres o, más recientemente, los politólogos Vallespín y Martínez-Bascuñán (2017). La amplia variedad de las experiencias de regímenes, gobiernos y partidos populistas ha conducido a pensar que intentar establecer definiciones para un marco tan complejo es siempre insatisfactorio. Al respecto, hubo autores que mostraron su desconfianza hacia una posible teoría general del populismo que se materializaría en definiciones genéricas y ambiguas para intentar englobar todas las tipologías o, por el contrario, en descripciones precisas y restringidas que dejarían fuera a algunas de ellas (Canovan, 1982; recogido por Torres, 1987). El colofón de los desincentivos para abordar estudios sobre el populismo fue su ausencia —al menos formal— en los países occidentales avanzados. En otras palabras: no parecía urgente estudiar el populismo en las últimas décadas del siglo XX pues parecía ya algo lejano o enterrado en el pasado. No era un problema. Ni para las ciencias sociales ni para los ciudadanos.

Lógicamente, el incremento actual del populismo ha cambiado ese panorama por completo. La crisis que arrastran los sistemas democráticos en combinación con una serie de reveses económicos que han erosionado los estados del bienestar parecen ser dos de las claves para que los discursos populistas hayan ganado terreno en las preferencias del electorado. En otras circunstancias resultaría difícil pensar que se hubieran extendido tanto las simpatías por los discursos populistas. De hecho, el célebre libro de Laclau y Mouffe (1985) que ha servido de fundamento para el denominado populismo de izquierdas apareció a mediados de los años ochenta del siglo pasado. Nada auguraba entonces que aquellas páginas pudieran ejercer una influencia decisiva más allá del mundo de la academia y convertirse en uno de

³ Siendo muy abundante la literatura al respecto, referimos un marco general (Malamud, 2010) y un ejemplo de caso (Entrena, 1995).

los ejes intelectuales articuladores de la izquierda situada extramuros de la social-democracia e, incluso, ser capaz de seducir a parte de ésta con sus cantos de sirena.

Así pues, el terremoto populista ha atraído la atención de las ciencias sociales, incluyendo a periodistas y analistas diversos. Es tan notable la publicación de libros y artículos sobre el tema desde hace tres lustros que resulta tarea imposible acometer un estado de la cuestión aquí. Y esa abundancia cuantitativa no siempre se ha visto acompañada por una homogeneidad cualitativa. De ese conjunto podemos entresacar una serie de títulos a modo de ejemplos. Uno de ellos es el del filósofo Alain de Benoist (2020) *El momento populista*, que aborda la superación de las clásicas divisiones ideológicas en favor de un nuevo eje de referencia donde una fuerza política busca identificarse con el *pueblo* tensionando el marco institucional y las reglas del juego democrático hasta extremos inéditos. Otros se han centrado en el estudio pormenorizado de un tipo de populismo, en este caso de extrema derecha, a cargo de Francisco Veiga y otros autores (Veiga *et al.*, 2019). Pese a sus rasgos diferenciales, las corrientes populistas comparten unos ingredientes, unas tácticas y unos objetivos que son en gran medida comunes. Representan sin duda un peligro y una amenaza para los principios liberales que han sustentado hasta ahora nuestras democracias. Por eso, no es extraño que hayan proliferado los títulos que, con mayor o menor fortuna, han diseccionado el populismo para advertencia de los ciudadanos. Una muestra temprana fue el libro de Kaiser y Álvarez (2016) en torno al *engaño populista* que, en este caso, se centra en el populismo de izquierdas en ambas orillas del Atlántico. Incluso no han faltado algunas descripciones de interés para conocer cómo se hace política hoy en día, donde se abren oportunidades y escenarios que no suelen ser los más óptimos para líderes preparados y con formación. El testimonio de Michael Ignatieff (2014) es un buen exponente. El reclutamiento de los líderes políticos ha pasado a ser una suerte de selección inversa en la que los que más pueden aportar son desplazados por aquellos que están dispuestos a hacer de la política su profesión vital a falta de otras alternativas a su alcance. Y esto debe ser también tenido en cuenta para comprender el ascenso de los populismos desde la óptica de la degradación de los partidos tradicionales.

El universo bibliográfico en torno al tema, pues, no ha hecho más que crecer. No resulta extraño que los historiadores también se hayan sentido atraídos por explorar la presencia de este fenómeno en el pasado. Había precedentes de estudios históricos sobre casos concretos como fue el de Franco Venturi (1981) sobre el populismo ruso, pero desde hace unos años estamos asistiendo a una nueva mirada —desde el ángulo populista— sobre temas que ya se conocían. Sin ningún ánimo de ser exhaustivos, indiquemos la obra de Postel (2007) para las corrientes de finales del siglo XIX y, más recientemente, la reinterpretación de Finchelstein (2019) sobre las vinculaciones entre fascismo y populismo en la historia.

Pero tal vez uno de los aportes más interesantes sea el realizado por Pierre Rosanvallon en su *El siglo del populismo*. En primer lugar, porque es un ensayo

relativamente breve sobre el fenómeno que se divide en tres partes: teoría del populismo, historia y crítica del mismo. Las tres son muy sólidas y tal vez el fragmento del libro que presenta una mayor debilidad sea la coda final en la que intenta formular diversas soluciones para conjurar esta amenaza. Básicamente la luz al final del túnel viene —en este y en casi todos los autores— de la mano de una profundización y actualización de los actuales sistemas democráticos. Pero poco más.

Dejando de lado sus posibles y cuestionables recetas para erradicar al populismo, Rosanvallon (2020) recorre la anatomía de este fenómeno exponiendo con claridad algunas de sus causas y sus componentes. Entre las primeras hay una que destaca: la fragmentación de las condiciones sociales derivada de la globalización (Rosanvallon, 2020, p. 50). Las clases sociales han perdido sus perfiles en un mundo posindustrial reorientado hacia un sector servicios —muy plural y globalizado— donde ni el empleo sólido ni el bienestar están garantizados. Los mensajes de otrora de los partidos tradicionales (de centro-izquierda o centro-derecha) se quedaron antiguos y fueron reemplazados en gran medida por el simbolismo. Mediante la construcción de relatos y una polarización formal los partidos creyeron seguir atrayendo el voto de los ciudadanos. Estos, sin embargo, estaban viendo cambiar las condiciones de sus vidas y las reglas del juego de forma dramática, especialmente los jóvenes a los que se les había mimado como brillantes promesas de futuro, pero a los que se les dio un presente bastante deplorable. Esta frustración generó un amplio caldo de cultivo en el que se ha nutrido el populismo, tanto el de derechas como el de izquierdas. Representan la reacción por indignación.

La presencia de un cierto grado de anomia, la orfandad social y la ausencia de soluciones concretas —por no hablar de las irregularidades o la corrupción de algunos políticos— no ha hecho otra cosa que incrementar la desafección hacia unos sistemas democráticos que no parecen respetar al *pueblo*. Las democracias liberal-representativas se fundamentaron en el *pueblo-cuerpo cívico*, pero han vuelto la espalda al *pueblo-cuerpo social*. Las democracias identificadas con el Estado de derecho y la defensa de los derechos del hombre resultan insuficientes para las corrientes populistas que se han abierto paso con la bandera de la soberanía colectiva como ariete. Nada puede estar por encima de ella, ni siquiera la ley ni —menos aún— las instituciones (Rosanvallon, 2020, pp. 31-47). Ese pueblo, naturalmente, se presenta como una unidad perfecta en la retórica populista superando los conceptos de clases, grupos de interés, cualquier organización sectorial y los diversos tipos de *status* sociales. Todo es la mayoría.

Ese *pueblo-Uno* exige una transformación radical del sistema político sobre tres bases: la democracia directa (referéndums populares), la polarización (denunciando el carácter no democrático de cualquier institución no electa, incluidas las de la justicia o las encargadas del orden público) y la imposición de una concepción inmediata y espontánea de la expresión popular a la que todos deben plegarse, incluidos medios de comunicación. Todo ello debidamente dosificado con eslóganes

intuitivos («derecho a decidir», «si ellos no quieren hablar nosotros sí», «no nos representan», etc.) a los que notables sectores de la población han prestado oídos sin pararse en analizarlos en profundidad⁴. Si toda estrategia es capitalizada con eficacia por un grupo relativamente pequeño con un líder al frente, la democracia liberal-representativa sufre una amenaza grave procedente de su propia dinámica electoral. El populismo corporeizado en un líder intentará acceder al poder y quedarse en el mismo tanto como pueda, a ser posible para siempre; de ahí la expresión «conquista del poder», pues no consideran que la acción de gobierno tenga la condición de usufructo temporal. Desde los resortes del Estado podrá poner en marcha un mecanismo de representación a través de la identificación con el líder, el ejercicio de la soberanía colectiva vía consulta (como plebiscito o referéndum), la convicción de que una institución es democrática solo si es elegida por los ciudadanos y una confrontación directa del pueblo con los poderes, tras la disminución del papel de los cuerpos intermedios (a excepción de la formación que sustente al líder) (Rosanvallon, 2020, p. 160). Si ese programa no puede ser llevado a cabo, el populismo termina disolviéndose o se enroca como eterna oposición residual.

¿Y qué nos dice la historia? Rosanvallon recoge con solvencia las corrientes populistas y demagógicas desde el siglo XIX. Ya entonces, incluso los estados en construcción de regímenes liberales padecieron estas influencias. El cesarismo de Napoleón III —un hombre que accede al poder desde el apoyo de los sufragios— es un magnífico ejemplo de aplicación de las tácticas populistas. Luis Napoleón Bonaparte volvió del exilio en 1848 tras la revolución que trajo la Segunda República a Francia. En ese mismo año consiguió acta de diputado en la Asamblea Nacional y poco después venció ampliamente en las elecciones presidenciales. De ese modo, entre 1848 y 1852 fue presidente de la Segunda República. Durante aquellos años la tensión entre el presidente y la Asamblea fueron crecientes hasta que Luis Napoleón acaudilló un golpe de Estado en diciembre de 1851 contra la Asamblea con el fin de establecer una nueva Constitución. Celebró un plebiscito popular para respaldar su iniciativa golpista de la que salió victorioso. El camino, pues, estaba libre para reformar la Constitución con el fin de disminuir al poder legislativo frente al ejecutivo y hacia finales de 1852 fundó el Segundo Imperio (1852-1870). Así se realizó el tránsito de un sistema liberal-democrático a otro autoritario-imperial. Formalmente el proceso de cambio fue el resultado de la voz del pueblo.

Aquel fue un claro ejemplo que cómo instrumentalizar una amplia mayoría de votos para establecer un modelo cesarista inspirado en el principio de soberanía popular. En su visión de las cosas no cabía ser aceptada una representación plural

⁴ Las muestras de estos eslóganes son múltiples y han dejado una amplia huella en los medios de comunicación: <https://www.lavanguardia.com/politica/20091126/53831123016/ladignidad-de-catalunya.html>; <https://deverdaddigital.com/articulo/13916/el-parlamento-calla-el-pueblo-habla/>; https://www.eldiario.es/opinion/zona-critica/no-nos-representan-repeticion-elecciones_129_1353174.html

de intereses en un sistema político porque esa pluralidad no reflejaba otra cosa que los intereses de las élites; al contrario, el *pueblo-Uno* debía ser el auténtico depositario de una democracia directa en la que la consulta popular canalizase la auténtica soberanía colectiva. La representación popular debía estar encarnada en un jefe que, obviamente, dejaba fuera los cuerpos intermedios (partidos y facciones) que interfieren la comunicación pueblo-poder. La estabilidad de la que dotó a Francia en un contexto de expansión económica del país consolidó perfectamente a Napoleón III, emperador de los franceses, por legitimación y sanción de la soberanía popular. El exordio de la Constitución de enero de 1852 describía claramente la concepción del poder del que todavía era presidente de una república y se convertiría en emperador meses después: «El jefe que habéis elegido es responsable ante vosotros: tiene siempre el derecho de apelar a vuestro juicio soberano para que, en circunstancias solemnes, podáis continuar vuestra confianza en él o retirársela» (cit. en Rosanvallon, 2020, 97).

La identificación entre el líder y la colectividad se inspiraba en una personificación popular del poder: el hombre-pueblo. Sin cuerpos intermedios, la comunión del jefe con la población aspiraba a ser directa. De ahí la cantidad de viajes de Napoleón III y la participación del pueblo en forma de adhesión. La concepción liberal del poder busca el reflejo de la diversidad para, posteriormente, alcanzar una conciliación relativa basada en el juego parlamentario. La concepción populista, por el contrario, aspira a ser el espejo de una presunta unidad popular. Una unidad consultada regularmente para convertir la mayoría en unanimidad silenciando a las minorías y, naturalmente, a la oposición (Rosanvallon, 2020, p. 100). Para ello el mismo Napoleón III que levantará la prohibición del sindicalismo y fomentó cooperativas y mutualidades —elementos que no ponían en peligro al poder y servían de válvulas de control— no dudaría en suprimir los partidos políticos y poner bajo control a la prensa. Los primeros fueron amarrados dificultando los comités electorales y las candidaturas elaboradas por partidos que no representaban más que a grupos de intereses estructurados. Una circular del Ministerio del Interior decía en 1857: «No toleréis la organización de comités electorales. Todos estos medios artificiales de propaganda no tienen otro resultado que sustituir el sentido común de las masas, imparcial, por la influencia de unos pocos dirigentes» (cit. en Rosanvallon, 2020, p. 104). La solución sería bien simple: la candidatura oficial, genuina representación del pueblo. Con respecto a la prensa se aplicó el mismo criterio: no se podía permitir que los periódicos influyeran en la opinión desde la defensa de intereses particulares sin que sus responsables hubieran sido elegidos. Los ideólogos del Segundo Imperio justificaron la mordaza de los medios mediante afirmaciones como: «[La prensa es] una sociedad de capitalistas [que] reúne en su entorno a unos cuantos escritores talentosos»; o «a la inversa de todos los poderes regulares, el menor de los cuales tiene su raíz y su delegación en la ley constitucional, la prensa es un poder espontáneo, voluntario, que solo

depende de sí mismo, de sus intereses, de sus caprichos y sus ambiciones» (cit. en Rosanvallon, 2020, p. 110).

Todo debía estar sometido a la soberanía del pueblo. Y desde esa óptica, el concepto de libertad adquiriría un nuevo y paradójico significado iliberal. Uno de los colaboradores del Segundo Imperio —el antiguo republicano Émile Ollivier— no dudó en escribir:

La libertad política, la que consiste en hacer periódicos, clubes y elecciones, si no es la simple garantía de una libertad social existente, no es más que un peligroso privilegio, una máquina de agitación y explotación al servicio de los políticos de arriba y de abajo, que pueden volverse miembros del parlamento o fundar periódicos⁵.

Rosanvallon incorpora otros dos ejemplos de populismos extraídos del pasado. Así, glosa los movimientos que recorrieron la Europa de la Paz Armada anterior a la Primera Guerra Mundial —en la que se produjeron chispazos populistas como el de Boulanger en Francia o Polavieja en España—, las corrientes que se dieron en los Estados Unidos —*The Populist Party*— y, cómo no, los conocidos ejemplos latinoamericanos como Juan Domingo Perón como figura destacada.

Finalmente, y para encuadrar su crítica al populismo, Rosanvallon establece una triple categoría de democracias para entender cómo prenden este tipo de fenómenos. Por una parte, señala la presencia de *democracias minimalistas* que *grosso modo* englobarían tanto a los Estados liberales como a las democracias sociales y de derecho. En segundo lugar, estarían las *democracias esencialistas*, fundamentalmente críticas de las primeras y que buscaron abrir espacios teóricos que no fueron más allá de sueños utópicos de lo social cuando no desembocaron en totalitarismos plenos. Por último, se refiere a las *democracias polarizadas* que sería el resultado de una degradación de las *democracias minimalistas* caracterizadas por una identificación pueblo-líder, la expresión de la soberanía vía referéndum, la correlación institución democrática-elección de sus responsables y una comunión del pueblo y los poderes, sin intermediaciones (Rosanvallon, 2020, pp. 156-160). Es más que criticable esta clasificación de democracias *límite* y probablemente sea un aspecto débil del análisis de Rosanvallon junto con sus propuestas de solución al problema del populismo. Pero caben pocas dudas de que la inserción de polarizaciones excesivas dentro de un sistema democrático clásico —*minimalista* en la terminología de Rosanvallon— facilita la entrada de tentaciones populistas. De ahí que la arquitectura de las democracias —incluyendo ingredientes como la cultura política— sea un elemento esencial para calibrar las posibilidades de éxito de la implantación de un régimen político populista. Una república presidencialista sin contrapesos presenta

⁵ Citado en *ibid.*, p. 110.

una menor resistencia al populismo que una república presidencialista con contrapesos suficientes para garantizar la división de poderes y los límites del ejecutivo. El respeto a las normas y los procedimientos ha terminado con la presidencia de Donald Trump en los Estados Unidos tras cuatro años de ejercicio del poder, pese a las resistencias de este y de una parte de sus seguidores. En Venezuela no ha ocurrido nada similar desde hace lustros.

3. FRAGMENTOS DE POPULISMO EN ESPAÑA: PASADO Y PRESENTE

Tras las ideas expuestas creo que puede entenderse la conveniencia de explorar el populismo en la historia contemporánea de España. Y a ello está dirigido este dossier con toda modestia, conscientes de que es una mera aproximación al tema. Sabemos que hubo partidos y corrientes que pudiéramos denominar populistas pues encajan con las descripciones que hemos recorrido en los párrafos anteriores. Pero tal vez convendría matizar el alcance del populismo en nuestro país a la luz de esas mismas descripciones. Por una parte, es obligado plantearnos si ha habido partidos completamente populistas en España o tan solo recogen algunos de sus rasgos. Por otro, tampoco podemos eludir otra cuestión aún más importante: ¿puede considerarse que hubo regímenes populistas en la España contemporánea?

La caracterización del populismo que hemos ensayado aquí aclara —hasta cierto punto— la definición del término y qué debemos entender cuando lo utilizamos. Si contemplamos el conjunto de los principales partidos u organizaciones que han existido en la España contemporánea no parece que sean numerosos aquellos que asuman todos los rasgos del populismo: la concepción de un pueblo único, la defensa de una democracia directa vía consulta, una polarización democrática que exige que todas las instituciones sean reflejo del sentir popular y la consagración absoluta de ese sentir a la que todos deben rendirse (incluidos los medios de comunicación). Lo más cercano a ese tipo de partidos lo encontraríamos en la Falange y, tal vez más aún, en la singular mezcla de partido y movimiento que fue la Unión Patriótica primorriverista. Pero ninguno llegaba hasta el punto de plantear que todas las instituciones debían estar al dictado de la soberanía colectiva. Debían estar, como fue el caso de las dos dictaduras, al servicio del Estado y del gobierno, pero todo lo referente a la soberanía popular intentaba restringirse al máximo. No es extraño que buscasen la legitimidad más en las obras públicas y los logros materiales que en la apelación al pueblo-Uno. La unidad se reservaba para la nación, para la patria, a la que pertenecían todos los españoles.

Quizás no sea cuestión irrelevante el que las dos dictaduras fuesen dirigidas por militares y quizás tampoco sean menores las diferencias entre una y otra. Bajo la dictadura de Miguel Primo de Rivera se toleró la existencia de otros partidos además del oficial (la Unión Patriótica, UP) y nunca llegó a perderse de vista el retorno

al juego democrático y a las elecciones a través de un bipartidismo renovado. Bajo el franquismo, sin embargo, los partidos serían abolidos para imponer una organización única que daría lugar al *Movimiento Nacional*. Primo de Rivera siempre buscó con ahínco el apoyo popular, la proximidad con la gente y sentía la necesidad de justificar sus decisiones a través de la comunicación directa y habitual de sus «notas oficiosas» de inserción obligatoria en la prensa. Franco siempre mantuvo una distancia demasiado mayestática para ser un líder popular. El que su régimen se iniciara tras una guerra civil y una intensa actividad represora no abría precisamente la puerta a una adhesión populista generalizada.

Quizás, por tanto, el régimen que más se aproximó a una condición populista fuese el de Primo de Rivera, con su ingenuo propósito de descuajar el caciquismo para regenerar la textura política del país y devolverlo a la normalidad constitucional. Los demás regímenes poco tuvieron de populista, desde la Restauración a la actual democracia pasando por la Segunda República. Otra cosa es que, efectivamente, hubiera partidos con componentes populistas más o menos centrales (lerrouxismo, falangismo) o que en coyunturas determinadas surgieran algunas corrientes populistas que plantearan la transformación radical del régimen, como la de 1917 (Villa, 2021). Pero ninguna de ellas llegó a imponerse alcanzando el poder y caracterizando a un régimen de acuerdo a sus premisas ideológicas.

Abordar el futuro no suele ser tarea de historiadores, como tampoco lo es explorar el enjambre de los posibles pretéritos, de lo que podría haber sido y no fue. Pero sí parecen detectarse algunas evidencias de interés para posibles extrapolaciones. El populismo, tal y como ha sido descrito anteriormente, aspira a conquistar el poder y permanecer en él indefinidamente para lo cual requiere de una transformación del régimen político en el que ha florecido. Y todo apunta a que esto es más probable que ocurra en democracias débiles que en democracias avanzadas y consolidadas. Si en las primeras no es difícil que la Presidencia de la República aplaste la división *real* de poderes, en las segundas los movimientos populistas se hacen fuertes en la oposición capitalizando descontentos e incluso pueden alcanzar el poder tras unas elecciones. Ahora bien, en las democracias consolidadas lo que no pueden hacer —o no han podido hasta la fecha— es reorganizar el régimen político democrático de acuerdo a sus objetivos de permanencia. Las elecciones libres terminan llegando tarde o temprano y el sistema de representación legal y vigente les señalará la puerta de salida el día de la derrota: tendrán que abandonar el gobierno o los escaños que han perdido en función de los votos recogidos. Obviamente defenderán su *statu quo* con todo tipo de tácticas que responden a una estrategia común: la deslegitimación de los adversarios. Pero, finalmente, tendrán que marcharse del ejecutivo, ya sea Trump en los Estados Unidos, ya sea *Syriza* en Grecia o el berlusconismo en Italia. En otras latitudes no ocurre lo mismo.

Y aún podríamos añadir una segunda evidencia más. Los populismos saben emerger a través de diagnósticos críticos contra los sistemas establecidos. Lo que

no parece que sepan hacer bien es generar alternativas mejores y viables. Aunque en todos los partidos se percibe actualmente una distancia creciente entre la política como ejercicio para conseguir el gobierno y el sólido diseño de políticas públicas concretas al servicio del ciudadano, en el caso de los partidos populistas esa distancia se convierte en abismo⁶. En otras palabras: saben hacer política de desgaste desde la oposición o desde la movilización en la calle, pero carecen de nociones claras sobre el diseño e implementación de políticas públicas. Las restricciones de la gestión, la fiscalización de sus acciones, y el ejercicio de responsabilidad ante los problemas de la realidad incomodan al populismo. Allá donde rige la ley —por encima de presuntas soberanías únicas—, hay unas reglas del juego para garantizar los derechos de las minorías y la fiscalización es libre y eficaz, los populismos tienen muchas probabilidades de perder fuerza lumínica. Es precisamente su llegada al gobierno lo que más les desgasta si no son capaces de adaptarse y admitir que ni el poder es único ni el pueblo tampoco.

Tal vez las democracias, pese a todos sus problemas y crisis, son más fuertes de lo que pensamos porque su esencia no reside exclusivamente en el peso de la mayoría.

4. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Álvarez Junco, J. (comp.). (1987). *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*. Madrid: CIS.

Álvarez Junco, J. (2012). *El emperador del Paralelo: Lerroux y la demagogia populista*. Barcelona: RBA.

Benoist, A. de (2020). *El momento populista: ¿derecha-izquierda? ¡Se acabó!* Alicante: EAS.

⁶ Realmente es preocupante el divorcio existente entre la actividad política y el desarrollo de políticas públicas. La consecuencia es que la política se centra en medidas simbólicas de bajo coste (reconocimiento de derechos, por ejemplo), una excesiva emisión legislativa que se queda en un mero plano teórico si representa un coste y un abandono de reformas estructurales realmente transformadoras que requieren el estudio y diseño de una determinada política pública. Entre la abundante literatura existente sobre la crisis política e institucional española, es muy escasa la que aborda este tema de las políticas públicas. Y cuando lo hace es para reconocer ese divorcio y, por tanto, apela a un cambio social que “valore el conocimiento empírico y el escrutinio racional” para que los políticos “abracen la política basada en la evidencia”. Obviamente se trata de un deseo al que no le faltan ingredientes utópicos (*Politikon*, 2014: 236).

- Canovan, M. (1982). Two Strategies for the Study of Populism. *Political Studies*, 30(4). <https://doi.org/10.1111/j.1467-9248.1982.tb00559.x>
- Entrena Durán, F. (1995). *México: del caudillismo al populismo estructural*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- Finchelstein, F. (2019). *Del fascismo al populismo en la historia*. Barcelona: Taurus.
- Fukuyama, F. (1992): *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta.
- Ignatieff, M. (2014). *Fuego y cenizas. Éxito y fracaso en política*. Barcelona: Taurus.
- Kaiser, A. y Álvarez, G. (2016). *El engaño populista. Por qué se arruinan nuestros países y cómo rescatarlos*. Barcelona: Deusto.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.
- Lassalle, J. M. (2017). *Contra el populismo. Cartografía de un totalitarismo posmoderno*. Barcelona: Debate.
- Malamud, C. (2010). *Populismos latinoamericanos. Los tópicos de ayer, hoy y siempre*. Oviedo: Ediciones Nobel.
- Maurice, J. y Serrano, C. (1977). *J. Costa: crisis de la Restauración y populismo (1875-1911)*. Madrid: Siglo XXI.
- Muñoz Molina, A. (2013). *Todo lo que era sólido*. Barcelona: Seix Barral.
- Murray, D. (2020): *La masa enfurecida. Cómo las políticas de identidad llevaron al mundo a la locura*. Barcelona: Península.
- Politikon (VV. AA.) (2014). *La urna rota. La crisis política e institucional del modelo español*. Barcelona: Debate.
- Postel, C. (2007). *The Populist Vision*. New York: Oxford University Press.
- Rosanvallon, P. (2020). *El siglo del populismo*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Serrano, C. (2000). *El turno del pueblo: crisis nacional, movimientos populares y populismo en España (1890-1910)*. Barcelona: Península.

Torres Ballesteros, S. (1987). El populismo. Un concepto escurridizo. En J. Álvarez Junco (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico* (pp. 159-180). Madrid: CIS.

Vallespín, F. y Martínez-Bascuñán, M. (2017). *Populismos*. Madrid: Alianza.

Veiga, F. et al. (2019). *Patriotas indignados. Sobre la nueva ultraderecha en la Posguerra Fría. Neofascismo, posfascismo y nazbols*. Madrid: Alianza Editorial.

Venturi, F. (1981). *El populismo ruso*. Madrid: Alianza Universidad. 2 tomos.

Villa García, R. (2021). *1917. El Estado catalán y el soviét español*. Barcelona: Espasa.

Ziblatt, D. y Levistky, S. (2018). *Cómo mueren las democracias*. Barcelona: Ariel.